

y Helena en la creación de Goethe; corre el alma de Byron a luchar por Grecia como una "alianza alegórica entre la libertad y la belleza; Victor Hugo pone en "Le Satyre" de "La Leyenda de los Siglos", la pauta genuina del helenismo romántico.

Es por esto que el verso de nuestra gran artista resulta plástico y sensitivo a la vez. Fiel a las normas helénicas, como el de un parnasiano, impetuoso como una cascada sinfónica, y tenue como la lluvia sobre el ciprés.

Pero lo que nunca ha faltado a su verso es la gallarda musicalidad. Podrá el retórico excesivamente escrupuloso señalar lagunas en la técnica de su versificación. Nunca sintió ella demasiado respeto por las reglas establecidas. Pero su verso dista mucho de asemejarse a esa prosa desarticulada, insonora y pedestre de algunos de los poetas del día, perdidos en el torbellino de las últimas y caducas tendencias. Dista mucho, porque jamás abandonó su música prodigiosa saturada de ritmos ricos, abundantes y límpidos. Ya lo había dicho el vate augural: "Me place en pausas arbitrarias — de sencillez y majestad espejo — que en su oratorio sin altar ni imagen — sangra el vidente, lapidando el verbo — mezcla de acorde de los grandes salmos — música libre, para cantos "nuevos". Música libre, si se quiere, pero música siempre, para que el verso sea noble y perdurable. La poesía es canto verbal, el más primitivo de los lenguajes, el más venerable y el más sagrado, se ha

dicho, y por eso, la "poesía musical es la más alta de todas porque es la más fiel a su origen y a su naturaleza".

Música consumada ella misma, pudo realizar sin esfuerzo María Eugenia el alto consorcio del verso y la imagen sonora. Esta hubo de brindarle, sin duda, el ritmo quejumbroso de alguno de sus cantos, de inquietud, de duda y desesperanza; los temas líricos sombríos en los que parece que la fe naufraga y la nostalgia se agiganta, constituyendo esta modalidad uno de los aspectos de su temperamento dual.

No es el suyo, sin embargo, el pesimismo de un Leopardi, ni el de un Byron; ni siquiera el escepticismo de Heine, o de Alfredo de Vigny. Que no es de su mismo linaje, lo demuestran las súbitas reacciones de su temperamento galvanizando, por así decirlo, a los nuevos períodos líricos. De aquel intimismo exacerbado pasa de pronto al jubiloso objetivismo, que parece trascender de alguna divinidad sonriente, olímpica y esencial, descendida presurosamente a una cita en el jardín d'annunziano. Irrumpe de repente la Vida en el corazón de sus cantos; parece abandonarse su musa a un vértigo cósmico, suntuosamente ataviada, en la diestra la lámpara de las victoriosas alegorías. Maduro y trascendente el estro, firme el pensamiento, la voluntad rectilínea. Y entonces la nostalgia y la duda se transforman en afirmación y alborozo.